

**La poesía de Raúl Vallejo:
íntima vibración entre las orillas**
Por John Fitzgerald Torres

Raúl Vallejo es dueño de una amplia y sólida trayectoria como narrador —así lo testimonian sus numerosos y premiados libros de novela y cuento, de hecho, acaba de recibir el Premio de Novela Corta de la Pontificia Universidad Javeriana por su novela *Marilyn en el Caribe*—, como ensayista, como político y como educador, pero es como poeta que esta noche lo tenemos entre nosotros. Su obra poética abarca a la fecha varios títulos como *Cánticos para Oriana* (2003), *Crónica del mestizo* (2007), y *Missa solemnísima* (2008).

Para empezar, digamos que es la suya una poesía de confluencias. En ella se funden en una amalgama armónica y vibrante como en un gran telón de fondo elementos de la tierra, el mar y el cielo, se confabulan en sus versos la memoria ancestral, el presente inasible y el porvenir difuso, cohabitan en sus territorios la presencia del indio, el acontecer del mestizo y la herencia del europeo, discurren en el mismo cauce de sus palabras el amor profano, la pasión sublime y la ascesis mística.

En sus poemas la memoria y la imaginación, el intelecto y la pasión se entrelazan para componer un paisaje sensorial en el que con igual fuerza desciende súbito el rayo furioso y emerge simultánea la semilla apacible y serena, o resuena su voz desde las alturas mayores de las cumbres andinas al tiempo que escuchamos el remanso melodioso de su murmullo en nuestro oído. La dicción resplandeciente, el acento erudito y el discurso coloquial tejen veladamente un tapiz confortable por el que navegamos deslumbrados entre tránsitos y residencias, posesiones y renunciamientos, sentencias y cuestionamientos, certezas y dudas, presencias y ausencias, nuncas y todavía.

Pero sus palabras discurren sin presunciones ni banalidades, sin gesticulaciones exageradas ni rimbombancias inútiles, a sabiendas de que hacer luz con una flama en medio de las turbulencias es apenas un gesto íntimamente humano. Por ello, descarnada y profundamente autocrítico, el poeta se confronta a sí mismo en su condición de tal, sin concesiones ni veladuras, casi con rudeza, sin falsos atavíos, consciente de que su esfuerzo resultará por demás condenado de antemano, y le escuchamos decir en algunos de los versos que pautan su discurso poético en ese poema de franco aliento que es *Crónica del Mestizo*.

“Ay, de mi palabra que apenas balbucea y mi testimonio ausente de penurias”

“Los poetas apenas somos testigos perjuros”

“Escribano incapaz de escuchar los murmullos de aquellos invocados”

“Todo lo visto lo estoy cantando con voz prestada”

“¡Ah, estulticia ensoberbecida y mala poesía!
¡Ah, resquemor y tartamudeo frente a lo que no se entiende!
¡Ah, palabra cercenada por lo que escapa a las convicciones del corazón!
Esta crónica inconclusa es el testimonio de mi fracaso
de mi azoramiento de mi nada
inscrita en la estrechez de un verbo que no se hizo
ni en el sufrimiento ni en la fiesta ni en las rebeldías
escrita con trazos en deshabitados soliloquios
mientras afuera distinta vida fluye”.

Son estos algunos de los versos de un inusitado poema cuya intención hace eco, quizás sin buscarlo abiertamente, de aquella voluntad del hoy poco dimensionado Inca Garcilaso. Resuena ahora en este poeta del Ecuador esa voluntad justificadamente desmesurada: mediante una visión única, dar voz escrita (voz prestada al fin, pero voz) al alma diversa de nuestras latitudes, otorgar mediante el artilugio del poema y, de una vez por todas, certificado de existencia y autenticidad a esta condición que nos identifica y que es, a pesar de muchos, quizás nuestro verdadero rostro: la pluriculturalidad, el mestizaje (esa “unidad confusa” que no se parece a ninguna otra), y que con frecuencia ha estado al margen de cierta historia como la de los levantamientos indígenas que se citan en esta crónica.

De otro lado, en ese contenido cauce sensual a punto de desbordarse que es *Cánticos para Oriana*, el poeta desata su voz entre la pasión irracional y la inquietud intelectual que supone la experiencia amorosa; y da curso de esta forma a un caudal cuyas orillas las constituyen la aspiración del cuerpo deseado tanto como de su esencia espiritual, el recorrido extasiado por los meandros profundos de la posesión erótica y de la contemplación absorta de la belleza primigenia, el diálogo alucinado de los amantes y sus silencios espasmódicos, la celebración de la eternidad a través del instante, las aristas del renunciamento y la entrega: muerte y renacimiento, plenitud y vacío.

A través de los versos de *Missa solemnis* por su parte, hace suyo (nuestro, mejor decir), y reescribe, casi en una versión probable de un Pierre Menard, ese legado espiritual de un viejo mundo que pese al paso de los siglos no terminamos de apropiarnos suficientemente y que con frecuencia nos resulta ajeno, como si participáramos a la distancia de otra dimensión histórica menos determinante.

Es en este libro el poeta místico que sin pedantería ni humildad, sino con la naturalidad del que se reconoce dueño de la invención, compone a su manera muy propia la tradición religiosa del mundo católico con la mirada de su íntima cosmogonía secular; merced a este empeño la liturgia consabida trasmuta en experiencia refundada, recarga de sentido y trascendencia las palabras bíblicas pero sin ajustarse al corsé del creyente acérrimo; frente al silencio de Dios, su yo lírico inquiere, busca explicación, interpreta, glosa, cuestiona, pero sin ánimo corrosivo o virulento, un *alter* poético que palabra a palabra en contrapunteo polifónico se va difuminando hasta alcanzar, quizás contra su voluntad, la connotación de multitud coral.

Y allí, entre líneas y acordes sinfónicos, desde una orfandad reclamante, descubrimos entrañado el angustioso vértice de la paradoja de nuestra existencia: el tránsito de la vida humana y el deseo de residencia. La doble condición del que muda y el que permanece, el deseo de estar y el de ser conjugados a un mismo tiempo.

Dice Raúl Vallejo cuando reflexiona sobre su oficio de poeta: “El lenguaje poético es, en un sentido general, la explosión de una imagen que sugiere significados que transgreden las definiciones de diccionario, el florecimiento de una palabra que lleva en sí, agazapados, sentidos múltiples y nuevos, la revelación que emana del espíritu del lector en orgiástica simultaneidad con la omnipresencia de la voz poética”.

Escuchemos pues la vibración omnipresente de las palabras de este excelente poeta venido de un país muy próximo, un país de poetas fundamentales como Jorge Carrera Andrade, César Dávila Andrade, Jorge Enrique Adoum, Efraín Jara Idrovo...: Raúl Vallejo.

John Fitzgerald Torres,
Casa de Poesía Silva, Bogotá, 18 noviembre 2014